

La casa, nosotros también

En la noche, nosotros nos metemos en el mar. Lo hacemos cuando nadie nos ve y los sonidos de la playa se vuelven más fuertes que todas nuestras voces. Aún así, puedo reconocer los gritos de alegría de mis dos hermanos. Puedo escuchar los chapoteos que hacen cuando juegan a hundirse uno al otro. Yo juego un rato con ellos, pero luego me alejo para mirar un momento el cielo y ahí está otra vez: esa luna enorme iluminando todo el mar. Pienso que llevamos bastante tiempo construyendo todas las casas de los extranjeros que viven en la playa. Pienso que las hemos construido todas en el mismo orden, incluso las más grandes. Cuando veo la luna se me da bien pensar todo tipo de cosas, basta con mirar hacia arriba para que se construya en mi cabeza un pilar de palabras. Es apenas un momento de iluminación; si las nubes tapan la luna, las palabras se van. Salimos del mar no porque es tarde, nos vamos porque es el cumpleaños del abuelo y siempre lo celebramos en la noche. Cuando salgo del agua, puedo ver a mi abuelo sentado sobre la arena. Nosotros para no hacerlo esperar, apenas y nos secamos. Salimos de la playa y caminamos por el bosque en donde únicamente se oye el sonido de algunos animales, el viento y las ramas que rompemos cuando caminamos sobre ellas. Nuestro abuelo no se detiene ni para ver alguna de las casas.

Luego de alejarnos de la playa y adentrarnos completamente en el bosque, me doy cuenta que no me sorprenden tanto las casas que hemos construido. Todas parecen un retrato similar de la que le sigue y ni el intento más honesto por decorarles el interior las ha salvado. Terminamos de subir la colina, nos sentamos en lo que nos parece un buen lugar para mirar una casa que está más alejada de las demás. Es una que nuestro abuelo construyó hace varios años para el primer extranjero que quiso olvidarse de los problemas de su ciudad. Por fuera no se ve vieja porque la han remodelado bastantes veces y solo nuestro abuelo puede reconocer las cosas que quedan de aquel lugar. Quizá reconoce una sombra que emerge en alguna hora del día o quizá estar ahí es una oportunidad para hablar sobre lo cercano y lo íntimo. Para el abuelo estar cerca de la casa es poder estirar las piernas de nuevo. Es dentro de esas habitaciones donde viven la memoria y los sueños. La mente y el cuerpo del abuelo se reflejan en nosotros y en la casa también.

Nos dedicamos gran parte de la noche a mirar la familia que vive ahí y que en ese momento parece que están a punto de cocinar toda la comida del mundo. Mi hermano menor empieza a reproducir con su boca el sonido del agua, que corre cuando una de

las personas abre el tubo para lavar unos vegetales. Mi otro hermano hace el sonido del cuchillo cuando alguien corta carne en una tabla de madera. El abuelo no presta atención a la familia y nos comenta sobre las cosas que han cambiado. Agrega que esos nuevos ventanales le restan gran parte de la intimidad a la casa, que las personas que viven afuera han olvidado la vida que hay en el interior. Siempre se ven como obligados a ver lo que hay afuera. Luego se ríe y le agradece a esos ventanales enormes, porque es debido a ese cristal que tenemos la oportunidad de mirar lo que se esconde adentro. El abuelo suspira sin dejar de mirar la casa, recuesta su espalda sobre la tierra. No dice nada más. No hace comentarios sobre las plantas del jardín, ni la piscina grande que hay a un costado de la casa.

Por lo general, yo siempre me quedo callado y trato de solo escuchar lo que dicen los demás. Pero hoy no sé si es esa luna necia en el cielo y todo es diferente, porque de verdad siento algo que no había tenido los cumpleaños anteriores, es como si tuviera una bola de aire con palabras en la garganta y tuviera la necesidad de escupirla con la ayuda de todo mi cuerpo. No sé si es porque hoy nuestro abuelo cumple noventa años y me asusta porque esta noche lo veo más viejo. Todavía no entiendo cómo ha subido desde la playa sin la ayuda de nadie. Interrumpo diciendo que hoy es su cumpleaños y es increíble poder venir y sentarse todos juntos a mirarlo todo, pero este año no es suficiente. Me gustaría que alguien solo me callara. Entremos, entremos esta noche, lo digo sin detenerme para respirar un segundo. Hagámoslo cuando todo mundo esté dormido y no le importe a nadie el valor de cada objeto. No podemos construir algo y solo apartarnos cuando lo hemos entregado todo. Hoy estamos afuera en la oscuridad, mirando cómo siempre las casas de los demás, esperando que en nuestros sueños esas casas nos abracen también. En esa casa está el cuerpo del abuelo y si no entramos hoy, juro que la quemaré toda con esas personas adentro.

Finalmente logro callarme y parece que he sacudido con mis palabras el bosque entero. El abuelo y mis hermanos tardan en decir algo. Les he sacudido todo el cerebro. Uno de mis hermanos suelta primero una risa y luego me acusa de loco. Mi otro hermano mira hacia la casa y comenta que el muro que la protege no es tan alto, que cualquiera de nosotros ha trepado árboles más altos. Nuestro abuelo continúa inmóvil sobre la tierra y por un momento me pregunto si cuando muere una persona la casa muere también. No nos dice nada y me mira con aprobación cuando les repito a mis hermanos que esperemos a que duerman los demás para poder entrar. Me lleva unos diez minutos saltar el muro. Todavía no entiendo cómo mi abuelo ha logrado saltar sin la ayuda de nadie. Me preocupa que amanezca pronto y que las personas miren cómo lo hemos tocado todo. Entramos sin hacer ruido. Mis hermanos se van

directo a la cocina para comer algo, tanta espera les ha cavado un hueco en el cuerpo. Yo sigo a mi abuelo hasta unas escaleras amplias, que se iluminan con una línea de luces amarillas. Trato de medir cada paso al subir y no puedo evitar que mi cuerpo se impulse en diagonal, cuando acaricio con una mano el pasamanos hecho de madera. Llegamos al segundo piso. El abuelo va delante, no presta atención a toda la tierra que vamos dejando en el piso. Hay una habitación que tiene una puerta entreabierta y mi abuelo entra sin abrirla del todo, casi como si la hubiera atravesado. Me acerco y veo que mi abuelo está sentado al pie de la cama, mirando cómo una pareja de casados duerme profundamente. Tengo miedo que despierten y que le hagan algo porque les ha llenado la cama matrimonial con hormigas y tierra.

Trato de llamar su atención sin hacer mucho ruido, pero no me hace caso y ahora le ha dado por acostarse en medio de la pareja, dividiendo completamente la intimidad. Suspira y se vuelve a sentar, se acomoda la ropa y el cabello. Se queda un momento inspeccionando cada rincón de la habitación, parece como si estuviera pensando a dónde ir ahora. Se levanta agarrándose de un pie de una de las personas y camina hacia la pared contando cada uno de sus pasos. Yo los cuento también. Da siete pasos hacia adelante y luego cinco pasos hacia la derecha. Extiende completamente los dos brazos y cuando su piel acaricia la textura de la pared, es como si la casa y él hablaran un lenguaje que únicamente ellos comprenden. Pone una de sus orejas sobre la superficie, da unos pasos hacia adelante y luego hacia atrás. Trato de llamarlo de nuevo, pero esta vez me indica que baje la voz y que camine hacia él. Lo hago aunque todo esto me parezca una locura. Camino hacia mi abuelo mirando el desorden que ha dejado en la cama matrimonial, parece que ha enterrado a la pareja con toda esa tierra. Recuerdo que los cumpleaños anteriores a lo mucho y movíamos una planta de un lugar a otro, de la entrada principal a la entrada trasera. Hacíamos crecer flores de la zona en el jardín o encendíamos un rato el sistema de aspersores, cuando a los dueños se les olvidaba hacerlo. Pero hoy, a diferencia de otras noches, hemos entrado porque hay algo que se esconde dentro de la casa, algo que nos ha llamado desde la primera vez que decidimos celebrar de esta forma el cumpleaños del abuelo. Mi abuelo golpea una parte en la pared y la superficie responde con un sonido largo. Puedo ver cómo se marcan unas líneas y por un momento trato de rasguñar con las uñas para ver si algo se abre, pero luego se oye el sonido de alguien que ha caído en la piscina de la casa y despierta de golpe a la pareja. Ellos, aterrorizados, caminan hasta la entrada de la habitación, preguntándose si las puertas estaban cerradas. No nos han visto y se han ido a ver qué es lo que se ha caído a la piscina. Nosotros permanecemos en silencio y escondidos en la oscuridad. Espero a que bajen al primer piso y luego vuelvo a intentar abrir la pequeña puerta en la pared. Poco a poco se va

abriendo, es como un agujero en el corazón de la habitación. Escucho un grito de una mujer, diciendo que va a llamar a la policía, pero no me detengo. Extiendo una mano para agarrar lo que hay adentro del agujero. Le digo a mi abuelo que debemos irnos, pero parece que la noche lo ha cansado bastante. Lo agarro de su brazo y caminamos de vuelta hacia las escaleras.

Está oscuro, pero los veo. Una persona está frente a mis dos hermanos, esperando a que llegue alguien y se los lleve de inmediato, mientras que la otra persona abraza con una mano a un niño y con la otra sostiene un teléfono. Mis dos hermanos asienten avergonzados, miran hacia el primer piso. Ven al abuelo bajar lentamente las escaleras y, cuando lo ven tirar el primer objeto para romper uno de los ventanales que da a la piscina, yo entiendo que tenemos que correr rápido. El segundo objeto asusta completamente a la familia. Yo agarro de la muñeca al abuelo antes de que tire el tercero y lo llevo hacia afuera. Veo cómo mis dos hermanos logran saltar el muro y salir corriendo hacia el bosque. A nosotros nos ha costado saltarlo y eso ha terminado de cansar al abuelo. Lo subo en mi espalda y por lo pequeño que es su cuerpo, cargar al abuelo es como cargar a un niño. Ya en el bosque, llegando a la colina, puedo ver las luces y la sirena de una patrulla que llega a la casa. La pareja sale moviendo las manos, gritando que estamos en el bosque, que lo hemos roto todo y que nos hemos ido a esconder con quién sabe qué cosas de la casa. La patrulla conduce de reversa y se va bordeando los árboles. Yo no lo pienso mucho y sin que me importe el sonido de la sirena, salgo corriendo entre todo ese matorral.

La noche se está terminando y, miro que entre más avanzo, la luz del sol empieza a entrar poderosa entre los árboles. Mi abuelo tiene su rostro en mi hombro y puedo sentir cómo su cabello acaricia una de mis orejas. Se oye el sonido de las gaviotas. Llego a la playa y me detengo para ver si mis hermanos también han llegado, pero no los veo. Sin saber qué hacer, decido meterme al mar y nado hasta llegar a donde el agua cubre casi todo mi cuerpo. Luego, vuelvo la cabeza hacia la playa y veo cómo empiezan a salir los extranjeros con todas esas cosas para sentarse en la arena. Una niña muy pequeña camina dormida y recoge una concha, mientras mira cómo una patrulla recorre lentamente toda la playa. Vuelvo la mirada hacia abajo y el agua no me permite mirar mis pies. Abro una de mis manos y veo una foto del abuelo en la playa con todos sus hermanos. Es una foto vieja y carcomida en los bordes. Así me doy cuenta de que el abuelo quería que nosotros entráramos a la casa, que lo tocáramos todo y que si al final no tuviéramos una casa como la de todos, entendamos que la casa está en nosotros.